



Lugares comunes
y otros poemas

ANTOLOGÍA MÍNIMA

NORBERTO CODINA


ELPERRO
yLARANA

poesía



Lugares comunes
y otros poemas

ANTOLOGÍA MÍNIMA

1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

© Norberto Codina

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Edición y corrección:
Luis Lacave

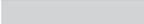
Diseño y diagramación:
Ennio Tucci

Imagen de portada:
Fotografía: Rodrigo Benavides. Título: *Cortina de vidrio y lluvia*
Lugar y fecha: Museo de Bellas Artes. Caracas, 2019.

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-14-5048-1
DL: DC2022000708

Lugares comunes
y otros poemas

ANTOLOGÍA MÍNIMA

: ; > . 1 > @ / ; 05 - 

Para Gisela y Jimena
Para Alberto Rodríguez Tosca

*Mira la máquina del mundo,
cómo tiembla en su convexa pesadumbre*

VIRGILIO
EGLÓGA IV

Sobre este libro

La primera versión de esta antología apareció gracias a los auspicios de la Fundación Casa de Poesía y la Universidad de Costa Rica. Su selección la hice en confabulación con tres amigos de larga data, durante años lectores culpables de mis versos, sobre los que han escrito o comentado en más de una ocasión, y por más señas voces autorizadas como críticos, a saber: Enrique Saínez, Arturo Arango y Rafael Acosta de Arriba.

Para la presente edición, pensada para exorcizar el arribo sosegado de mis primeros setenta –o a “los dos veces treinta y cinco”, al decir de Nicolás Guillén–, agregué el generoso prólogo que me regalara en su momento el entrañable amigo y recordado escritor que fue y es Alberto Rodríguez Tosca; al que se suman las palabras y la complicidad de un camarada de años, el admirado poeta Gustavo Pereira. Y sumé como complemento un manojito de poemas inéditos, y de contrabando unos pocos textos de libros anteriores no incluidos en la primera publicación, de ahí el título reformado del actual volumen.

Agradezco a cada uno de los que de una forma u otra colaboraron para divulgar estos poemas. Nuevamente a Enrique, Arturo, Rafael; a Lisandra Fernández Tosca, y en especial a Albertico, en la memoria misericordiosa de la amistad.

EL AUTOR

El Vedado, octubre de 2020,
cumpliendo la cifra arcana de los sesenta y nueve.

Una cáscara de cebolla puede ser

*¿Dónde se encuentra,
en qué pasado remoto y familiar,
esa casa encendida,
cuya esencia es el tiempo, el azar, las dudas?*

N.C.

Norberto Codina es venezolano, Norberto Codina es cubano, Norberto Codina es poeta. Entre esas tres condiciones, que entre el Cristo y escoja. Yo escojo al poeta, y al amigo. Pero no es el amigo del poeta quien redacta estas líneas, sino el lector. Un lector que ha convivido con la poesía de Norberto Codina desde su primer libro (*A este tiempo llamarán antiguo*, 1974) hasta el último (*El leve viaje de la sangre*, 2014), pasando por los poemas inéditos que aparecen en esta colección.

Cuarenta años en intermitente pero siempre intenso contubernio con la poesía. En el prólogo a su libro *Convexa pesadumbre*, escribí en el ya remoto octubre de 2005: “So pena de ser confinado de inmediato a cursilería perpetua en cárcel de máxima teatralidad, me atrevería a afirmar que, entre los libros-lagunas (donde no pasa absolutamente nada), los libros-cataratas (donde todo se desborda a borbotones) y los libros-mares (donde todo lo deciden las mareas: altas, bajas, medianas, siempre con algo de catarata y algo de laguna), el de Codina pertenece a la estirpe de los libros-ríos”.

Poemas-ríos son los se leerán en estas páginas. Como tímidos vales rumorosos, desfilan por ellos la familia, los amigos, la casa, la ciudad, los vecinos, la infancia, el beisbol, los pájaros, la música, y un bronco ronroneo de voces donde lo doméstico y lo universal, lo atemporal y lo inmediato, lo manifiesto y lo impalpable, se enfrasan en una suerte de paseo sigiloso por calles pobladas de ojos fisgones condenados a revelar con palabras tranquilas todas las sutilezas de su alrededor. Sutiles son los versos de Norberto Codina, imágenes de carne y hueso que resbalan por la página en blanco como lo harían por un rostro las lágrimas o el sudor.

Una cáscara de cebolla puede ser
el atlas donde mi madre quiere descubrir mi paradero,
el destino que la hace llorar de un modo manso
por mi prolongada ausencia
mientras funda con sus provisiones
la sabiduría diaria de la cocina.

Nuestro poeta cubano-venezolano pasea por las palabras como por la cocina de su casa. Las aparentes pequeñas cosas reviven en rotundas metáforas que trascienden las rutinas de la cotidianidad. Atisba en las minucias de cualquier rincón con tanto goce como en los trazos más insondables de una constelación. Construcciones dialógicas que no se regodean en malabarismos lingüísticos, experimentaciones vanas o simbolismos en desuso. Sus temas son los nuestros y nosotros somos parte de la materia prima de su poesía. Habla consigo mismo, al tiempo que, mientras camina, habla con el lector. Conversa con él como con ese amigo que acaba de conocer y sabe que lo acompañará hasta el final del impredecible paradero.

Algunas pequeñas historias
se desarrollan en las estancias, las lenguas,
las escenas domésticas
de culturas contemplativas por su sencillez
o sus enigmas.

Entre “el resplandor pasajero” y “la luz perdurable”, entre “el fruto maduro” y “la naturaleza muerta”, serpentean sus metafísicas de la intimidad. La historia personal del poeta fluye a instancias de un coloquialismo bucólico y gentil que involucra en su anhelante acontecer un mundo más o menos real pero siempre realizado a través de las invisibilidades del lenguaje, su lenguaje invisible, llano y contemplativo, a la vez que profundo y misterioso. Estremecimiento de las horas que salen a su encuentro y lo rodean de imaginarios íntimos y colectivos. No se deja deslumbrar por los deslumbramientos de la moda. “Palabra muerta, realidad perdida”, escribió Ángel González, poeta español tan caro a los afectos de Norberto Codina, cuya palabra viva (la de Codina) se aferra a la realidad e irrumpe en ella como “los árboles y el césped/ y las bacterias, y los ratones/ y las aves acuáticas/ y los frutos podridos y el hellecho pujante/ declaran su cadencia particular”.

“Cadencia particular” que siempre desemboca en música. Como “la voz devuelta/ que se quiebra en el eco”, Codina escribe respirando. La autenticidad no es una categoría estética, pero sí una condición humana. Lo auténtico en la poesía de Codina radica en lo auténtico de su respiración, ora verbal, ora emocional. Se juntan aquí el verbo y la emoción para configurar una cosmogonía de sombras que se reúnen en la esquina de un barrio para hablar de amor o de pelota. Bien lo dijo Joyce: “Si Judas sale esta noche sus pasos le llevarán hacia Judas. Cada vida es muchos días, día tras

día. Caminamos a través de nosotros mismos, encontrando ladrones, fantasmas, gigantes, ancianos, jóvenes, esposas, viudas, hermanos enamorados. Pero siempre encontrándonos a nosotros mismos”. Se encuentra a sí mismo Norberto Codina en cada uno de estos poemas, mientras nosotros nos reencontramos en ellos.

Y me devuelvo a aquel prólogo del remoto octubre de 2005: “En ese mismo tono sereno y cordial, regresa Codina para legarnos nuevos testimonios de honestidad lírica y humana; sin trascendentalismos o palabras de más. A su modo regresa, cómodo en su salsa, vomitando ideas que son vísceras, angustias que son úlceras, tripas que son a todas luces corazón”.

Tu infancia pudo ser
una suave paz de animales domésticos.
Lecturas sobre lecturas
a la sombra de los árboles de un patio de provincia.

Norberto Codina es venezolano, Norberto Codina es cubano, Norberto Codina es poeta.

Bogotá, abril de 2014

ALBERTO RODRÍGUEZ TOSCA
(Artemisa, 1962 - La Habana, 2015)

Mi madre nació junto a Ingrid Bergman

Mi madre nació junto a Ingrid Bergman.
Por eso, tal vez
las he amado tanto.
En Casablanca, mi madre
tuvo su primer divorcio y nadie la esperaba.
Conocí a Anastasia a los cinco años
y quise ser el obrero bolchevique
que enterró su cadáver.
En el Expreso de Oriente las dos se juntaron,
pasaban por primera vez falsas y lejanas.
Yo confundí mis cartas
y unas veces escribí sobre los guiones
que protagonizó mi madre
y celebré su rostro de estrella.
Otras devoré con júbilo,
con lealtad a su irrepetible sazón,
los asados y dulces que Ingrid me preparaba.

Pero la preferí haciendo el papel de enfermera
doblando a mi madre en la pantalla.
Ambas crecieron juntas,
ambas se casaron con Rosellini y Ángel,
ambas envejecieron y me perdonaron.
Se comportaron magníficas,
tremendamente actrices y maternas.
Contra la muerte de una me defendí
repitiendo todas sus películas.
Para la otra muerte
tengo el desamparo del actor secundario
que se pierde en el paneo de la cámara.

El reloj como estrella

Que no quiero verme solo en esta casa;
los ruidos de la infancia
como son nostalgia
como son alcoba y patio y aventura.
La edad acompañada que nadie ha invitado
donde la mujer de ahora es pequeña;
la edad es la ciudad que redescubro,
es el reloj que pende como estrella húmeda.

Era aquel viaje de amor

Ávila de mi niñez,
luminoso y sombrío.

Era aquel viaje de amor
que todas las mañanas me conducía al Ávila.
Me regalaba las llaves de Caracas
y jugaba a componer las nubes.
A la derecha de los cerros
el camino era una vieja costumbre,
y se aparecía la dueña de la cocina
con el dulce de caña preferido.

Los domingos, la lluvia caía sobre el mundo de los
pájaros.
La lluvia, que era el gran castigo por las
malas acciones.

Tarde, la luna de Altamira.
Entraba la dueña de la cocina
a darme su amor y sus dulces.
Venía con sus ojos forzando mi paisaje
a emborracharse hasta la madrugada,
y se quedaba dormida en los juguetes
con su mejilla negra.

Treinta años

*Y empieza a dudar uno
de su inmortalidad*

ROQUE DALTON

Fuimos dos niños satisfechos,
compartimos el columpio entre los árboles,
aterrizamos en el prado
tras descubrir la parábola imperfecta
de las pequeñas ciudades.
Audaces, cruzamos la fuente,
desafiamos la piedra y la rana,
nos quemamos en la lámpara,
nos desnudamos a la gallinita ciega
desesperados de tanto tantearnos,
midiendo las hojas del parque,
riendo, gritando, gritando.

Te perdiste jugando a los escondidos,
te asustó la inocencia,
te fue entrando por las uñas
toda la yerba endemoniada.
Ahora, escampa
y el columpio cuelga inmóvil,
como un ahorcado.

Como la sombra de un niño

¿Dónde se encuentra,
en qué pasado remoto y familiar,
esa casa encendida,
cuya esencia es el tiempo, el azar, las dudas?
Ventanas iluminadas por sus moradores
que cuentan sus horas como el rosario
del condenado a muerte, pobres de solemnidad
en la estática milagrosa de esas paredes testigos
de épocas de buenaventura, cuando
había varias respuestas para cada interrogante.
Entonces se jugaba al invento de sacar respuestas
y creer, como único argumento
en algo tan frágil
como nuestra propia, triste y solemne verdad.
¿Y era esa la definición terrenal y justa de felicidad?
Por eso prefiero ahora la rebeldía contra
los que tienen el fausto y la soberbia de las respuestas,
y posan en la circunstancia de una lámina

Me quedo con la pregunta universal que entraña
la sombra de un niño que se alarga
tanteando, como quien roza apenas
las paredes y el aire
de esa casa fantasmal en sus luces
que convocan
al tiempo, al azar,
las dudas, las enfermedades.
Creo en mis dudas
y creo en el sexo siempre irrepitible,
creo en el jardín surrealista del Bosco,

creo en la noble y loca utopía de que
la tierra será el paraíso bello de la humanidad,
porque me conduce la sombra del niño,
tan cercano en su temperatura y su tristeza,
que una vez fuimos.

Dibujo de la vida

Ese mantel manchado que no quieres,
ese lunar de luna en tu costado
ese verso gentil y asonantado
ese redoble de amor con que te hieres.
Ese relámpago de máquina y estética
esa esdrújula de cactus maltratado
esa mineral manera de tu hado
son pretextos de crítica y ética.
Nueve versos inútiles, pero te amo.

En el primer día

Hoy me siento en este parque de diciembre.

Aquí las cuatro estaciones comparten
la glorieta, el jardín infantil,
la gris cabeza del novelista.

Hoy estoy solo
y la soledad vive más lejos que nunca.

Su vuelo aburrido
amenaza conquistar el parque,
las manos de los enamorados,
amenaza conquistar al padre de Esmeralda y
Quasimodo.

Da dos audaces vueltas
y espantada por el primer gesto de la amiga que
aguardo
huye por 21, calle abajo sin voltear el pico.

¿Quién no ha visto al bote solitario
llegar al bienaventurado puerto?
La soledad huye de mi compañera,
se muerde la cola desesperadamente,
corre por el parque con las alas rotas.
Huye de sus mortales enemigos:
los niños, los árboles,
los enamorados viejos y los recién conocidos.

-Buen día, recién conocida,
la tarde queda al sur. Estamos solos.

Los ruidos humanos

¡Ah, amiga! Qué pálido clamor
de antiguas noches a tus ojos asoma.

Un error en tu cara,
la punta de la hoguera,
el escamoteo del tiempo y el aire contra el cielo,
el combustible de tu ira
—¿una lágrima porque adivinas
los ruidos humanos que traicionan
la madera de mi árbol?—
y Laura, la más callada,
que de tanto silencio sus palabras leo,
un resplandor de cucharas en tu rostro
cuando desayunábamos
al sobrevivir la media noche
y no había testigos ni muertos,
solo el malecón, la gasolinera desierta,
el ómnibus lejano con su ruido
como de bestia en celo.

Nocturno II

En el fondo de la luna,
recortado,
hay un conejo azul.
¿Tal vez levanta la cabeza
espantado de su sombra en la tierra?
¿o es mi propia sombra
donde se confunden las manos, los gestos,
la mueca de amor?
Y ahora, no es una estrella que cae
sino un hombre que piensa, actúa
y habla como yo:
*Hemos visto la forma sorprendente
en que la sacarosa crece en el espacio.*
Junto a sus papeles e instrumentos
se ha llevado de polizón
la arboladura de estos versos
que yo les entregara para ti.

Un poema de amor, según datos demográficos

El próximo domingo seremos cuatro mil millones.
En el nido transparente de tus manos
deposito el secreto de la especie
donde tú vienes con cuatro mil millones,
sola con cuatro mil millones, mía con cuatro mil
millones.

Traes, como mi madre,
la lluvia y la muerte del universo
porque conmigo también esperan los otros,
los que quieren seguir multiplicándose,
los que se reparten el secreto y la ternura
en el nido transparente de tus manos.

En mil ochocientos cincuenta no éramos tantas
personas
y había hambre, un hambre, mi amor, hereditaria.
En el año treinta, éramos apenas la mitad
de hoy, y había hambre:
agotado el caldo de la postguerra
mi madre estudiaba de enfermera,
y en Berlín, en Roma, el mundo se enfermaba.
Treinta años después,
éramos dos niños satisfechos
y con el desconocimiento de las caravanas de arroz,
asaltadas por el miedo del hambre que se arrastra.
*La población del globo terráqueo
ascenderá este domingo a cuatro mil millones de
habitantes.*

¿El globo terráqueo no es el globo de tu vientre
rosado y nuevamente estrella,
de tu vientre como una casa,
una campana donde escucho desesperado
cada día, en el origen de miles de personas,
el tañido del hambre?
Se supone que en el año dos mil
seamos tantos como en ninguna otra época,
tantos y tantos
que afortunadamente habrá menos paciencia.
Y un día el hambre, mi amor, será una página
olvidada
y no como hoy un poema de enamorados
y millones,
y no como hoy un poema de dos y un poema de
esperanza,
sino la marcha segura
de los nuevos habitantes,
de los miles de millones de enamorados
que estudiarán a modo de curiosidad:

“En el año 1976,
cuando éramos apenas cuatro mil
millones,
se escribió un poema de amor con la palabra
hambre”.

La Habana, primavera de 1976.

Frente al otoño

La luz rotunda de la isla
me acompaña.
Tiene la magia
de hacer invisible lo bello y lo feo,
para que no lo olvidemos.
Es el horror del cañaveral,
del mediodía en la carretera,
cuando se transforma en una maldición
superior a las tragedias griegas, a los pasajes bíblicos,
a las obras no escritas de Shakespeare.
Y es cuando se reniega tres veces del vientre materno.
Pero es también el verano de las mujeres,
implacables cuando se confunden
sus curvas de luz
donde se borra el límite de los sentidos,
al palpar el almizcle,
respirar la turgencia,
con cada gota de día y mujer
como licor estremecido en mi cerebro.
En los labios helados de Malmö y Leningrado
me acompaña
el gusto ácido e infinito de sus senos,
de sus senos endurecidos que el sudor ofrece
como recuerdo cósmico,
nostalgia del aire y la luz fundidos.
Por ese blanco que duele
en las sábanas y mogotes,
en los pobres ríos de mi tierra.

Una luz que arde
hoguera y paraíso
imperfectos,
mano de salitre y ola invisible
con los que se baña el alma de mi hija.

Elogio y dogma

Sombra a contraluz
glorioso vellón
el más antiguo dogma iluminado
al volver la cabeza a rastras
lento musgo diáspora de mis ojos
cisma de mi lengua-corazón
laberinto que multiplica el viaje...
Trémula vigilia trinidad
que puede ser caverna fortaleza nido
como una linterna
el resplandor sube de tu cuerpo
fragua del deseo
júbilo del inmortal perfecto
ángel de la lascivia.

Personal

Para Gisela

I

Pudimos conocernos
en las avenidas de París,
en un apartamento de alquiler que no era más
que la buhardilla para la servidumbre.
Allí, en el hábitat burgués
planificado por un arquitecto de nombre
impronunciable,
todas las tardes
nos asomábamos a la Plaza de la Estrella.
Tus cabellos largos, *blondgirl*.
Tu cutis perfecto, *mademosil*.
Perfecto aunque no tanto como tus perfectas manos.
Serías de Saint Fernand,
única heredera de un falsificador de antigüedades,
traductora de los poetas alsacianos
y moderna como las reliquias de tu padre.

II

Pero todo ocurrió en La Habana,
en un apartamento de la calle ocho
mirando toda la noche mis pies equivocarse.
Somos nuestros propios sirvientes, y es bastante.
Nos asomamos, cuando el trabajo,
tus clases, la cocina y la niña lo permiten,

al encendido malecón habanero
donde se organizan las parejas cada tarde.
Tu pelo corto, tu piel común,
pero no tan común como tus manos necesarias
que tanto se parecen a las de mi madre.
Tu pueblo, desconocido como término municipal,
de músicos convertidos en lanzadores de beisbol.
El maestro agrícola jubilado,
el más puntual de todos los panaderos,
la nobleza de sus ojos te dejó.
Por ahora traduces
el código de mis ruidos nocturnos
hasta que la memoria de la hija
defienda
el último dibujo de los dos.

Tiempo libre

En la puerta de madera de doble hoja,
entre estos muros ocres,
están ordenadas las palabras en raros caracteres
que celebran la acogida a este extraño paraíso:
“No preguntes”.
¿Cómo bregar con la muerte de la persona amada?
Pabellones dedicados al sueño,
a la nostalgia, al curso de las cosas elementales
que pueden desencadenar una borrasca
en el pozo del espíritu.
Noticias y rumores se dispersan sobre un papel
delicado,
que flota y queda suspendido sobre el lomo del
mundo,
los recodos de la lectura azarosa de los periódicos
y los telegramas,
como los científicos que miden la pérdida de hielo
en millones de toneladas al año.
La devoción puede ser taciturna cuando es algo
humilde y sin confusiones,
o transparente, por ser tersa y traslúcida.
Los árboles y el césped,
y las bacterias, y los ratones
y las aves acuáticas,
y los frutos podridos y el helecho pujante
declaran su cadencia particular.
Una música triste donde cada compás
es como el sonido cuando crecen las plantas
o mueren los insectos.

Una música para escuchar
en nuestro tiempo libre
aunque no tengamos mucho tiempo libre
como lo tienen el guardabosque o el torrero.
No hay frases sobre pájaros
que nos hagan felices,
ni filamento de la luz
que sea imperecedero.
Es, en fin, el poco tiempo que tenemos
para todo lo que amamos.

Noche de El Vedado

La posibilidad de no vernos
pese a encontrarnos tan cerca y tan lejos.
Las sombras de nuestras manos y tus senos
todo me recuerda
la temperatura de tu garganta
la memoria de tus ojos
el sonido de tus dedos
el candil de tu aliento
los treinta sentidos de mi corazón.

Se multiplican como hojas
de nuestro propio invierno
ramas azules que van techando este cuarto
y esta cuartilla inocente
invadida de citas comunes sobre la noche
las sábanas, el golpe asombroso de tu cuerpo
los barrios nocturnos, la imposibilidad
de abrir los ojos estando despiertos
dos intensidades dos noches dos
caras comunes dos incredulidades
benditos y vedados
y dos animales ciegos uno junto al otro.

El leve viaje de la sangre

*No me duele morir, y que me olviden
sino morir y no tener memoria*

JESÚS ORTA RUIZ

En la voluntad de viaje que es la vida,
los ateos parecemos estar condenados a no tener
otra.

Cómo reencarnar aunque sea
en la fugaz película del polvo,
destruida una y otra vez por el paño implacable,
que desconoce que en esa nube a contraluz
se alarga mi memoria.

La memoria de aquella primera vez
de Beatles y ron peleón,
de amigos, escaramuzas, infidelidades.

O el cuerpo mínimo de la criatura
que al voltearse
dejó ver el lunar como de la mano de Dios.
Como la columna trunca que ayer fue conquista,
no vale por su mármol
sino por su memoria,
no importa si fue el tiempo
o la mano soberbia de aquel que la derriba,
mandato de las constelaciones.

Y es la naranja en su luz y geometría,
que como tu cuerpo ahora me corresponde.

No oír ya la piedra nocturna,
el leve crecimiento de la raíz,
el roce de la hierba y la neblina.
También en el estiércol el hombre se interroga,
sobre los caprichos del alma y de la carne
y la sentencia del postrer latido
quebrado el pecho, rota la arteria
entre tinieblas
alguien que por ti delira,
las paredes de mi cuarto son un templo,
eres luz, y me perdonas,
cuando no habré ya de recordarte.

Huachitorito

(Danza del toro macho)

Saludas toro negro
el trémulo pañuelo de la tierra
reverente la testuz
antes de adentrar el baile.
Huachitorito
juegas tus victorias en pantomimas
donde el toro blanco
danza ridículo y muere
frente al salitrero sudor de tu fuerza.
El huaso te esconde
para tenerte a la hora pública.

Huachitorito vente
con el filo de ansias listo
a castrar rivales
y pisotear la viña de la cueca.

Páginas para una biografía

Este hombre que es tan solo venas
y camina pesándole la sangre,
es capaz del Milagro.
Se le ha hablado desde pequeño
para que huya de los alfileres
y él deambula
como un cuchillo sin vaina.

Era el hombre realmente

*Para Ángel García Iglesias
que no negó su poca fuerza al mundo*

Era el hombre, realmente,
cuando movía la tierra y callaba.
Feliz, como decían, de dar
su poca fuerza al mundo.

Cuando la tarde apuraba a los niños
el minuto era el último cigarro
movía el índice y callaba
sobre la escritura del Partido o de la fábrica.

Ahora su cuerpo como papel
es la mañana de todos mis muertos.

A este tiempo llamarán antiguo*

No he hablado de los campos alemanes,
como no podría hablar
de un abuelo aeroplano cisne puro
reventando sobre la primera nube.

Como no podré hablar,
por mucha mujer y cerveza
del pequeño León y de su amigo Isaac.

Qué sabré de Rilke, Eliot, los suicidas,
las lunas lentas, la mujer del árabe.

Menos del foxtrot de cajón el tango bonaerense
y mucho menos aún la aspirina,
el incendio de San Francisco, el terremoto de Caracas.

He hablado
de los campos donde
la muerte recogió
su llave,
de los riñones comerciales,
de los niños que Rudolf Hesse
hubiera perdonado.
He recibido, Francisco Morocho, el golpe bajo
del hambre;
El sismo de La India, Mauritania
(el mismo codazo en la ingle),
el Huascarán removido, la música beat,
la píldora
las teorías polémicas del láser.

¡Ah, Don Antonio,
qué mosca, qué fregado!
—*las condiciones en Falcón no son las favorables.*

*Dante

Lenin

La voz prolongada en todos los hombres,
en el sueño salvaje de los vencidos
o en el metálico susurro de los muertos.

La lenta lluvia,
el sol morado de Rusia,
la limpia flora de innumerables rostros.
-Sólo soy una sombra de su tanta muerte
donde vida es más
que el leve viaje de la sangre.

Lenin por las calles de Estocolmo

Lenin, con sombrero y paraguas,
camino de la estación de ferrocarril.
Apenas repara en las vidrieras,
conversa con el camarada de la izquierda,
se fija en aquel transeúnte
curioso por el animado grupo.

Esta foto está repetida en cuarteles,
en avenidas, en cuartos estudiantiles,
en el Parque Central de Nueva York.

Ahora, sin sombrero ni paraguas,
está junto a una pagoda de Rangún,
en los olivares de Castilla,
en las faenas de pesca de Nazaré,
entre la tinta de los viñedos de Burdeos.

Cambia de sombrero,
pero es el mismo paraguas y el mismo Lenin
y están las casas antiguas de Renania,
y aquellas horas sobre las armadías
finlandesas, con peluca y gorra.

Están las otras fotos:
en la explotación maderera,
los campos de tulipanes,
la estatua de Trafalgar,
la fortaleza de Pedro y Pablo.

En Caracas,
entre los papeles ocupados
a un obrero muerto,
está, y esto la policía no lo pudo
descifrar, una foto de Lenin
sin camisa, sonriendo
junto a los trabajadores
en las salinas de Araya.

Razón de historia

Al buen Eliseo y al maldito Diego

En otros tiempos hubo dioses
del aire, de la tierra, del fuego, del agua,
dioses de pálida mano
con amantes y palacios
walkirias tempestuosas
odaliscas dulces
milagros que partían el corazón.
Dioses buenos y peores, santos guerreros
varones injustos
con los atributos
de la esperanza, la sombra y el asombro.
Tan pequeños como monedas e insectos
o de armadura tan alta como niños.
Cada cual con su jardín
con su paraíso, con el monte
las provincias, el muro
de las lamentaciones
con el imposible melancólico
y el infinito
inmóvil
remanso del infierno.
Después vinieron noticias de cobertizos
carpinteros, la alegoría del camello.
El venidero concilio
ante el espanto de la ortodoxia
viendo madurar como sentencia irreversible
la copa del árbol de la ciencia
debería aprobar junto con Los Beatles

los mariachis y el celibato a medias
razones de historia como
los planetas recién visitados
la lucha de clases, el mundo del mañana
y la segunda versión de la encíclica *Pacem in terris*
que comenzaría diciendo:
aire y tierra y fuego y agua, *fe* y *barajar*.

Conversación con José Benito Escobar

En el barrio Monseñor Lezcano
se pelea duramente y tal vez,
José Benito,
haya una escuadra o una columna
que lleve tu nombre o el de otro combatiente
o el miliciano que con las manos juntas
me mira endurecido sobre el vehículo artillado,
sea tu amigo de la infancia,
un amigo que por eso, entre otras causas,
dispara el mortero de 120.
¿Es este muerto el guerrillero
José Benito Escobar?
¿Es esta divisa sustantivada
en comandos y operaciones,
en María Auxiliadora, Ducuali, Meneses,
La Fuente, 1^{ro} de Mayo, El Edén, La Cruz,
y Máximo Jerez?
¿Es esta muerte tuya en el grabado de Granma
con una biografía recibida por el télex,
la presencia de un conocido,
de una conversación en una sala,
de una conversación en una sala de la calle Línea
hablando de la lucha y los malos biógrafos
de Sandino?
¿Es este obrero *antiduring*,
este sobreviviente de la *United Fruit*,
de lo que Marx llamara el laboratorio de la vida,
este heredero del rencor
a William Walker y a Somoza,
el que va colocando sus viejas razones

como un campesino *antiduring*
y mira un afiche palestino
mientras habla de una exposición de pintores
cubanos
donada al frente?
En Las Brisas, Santa Ana, Bello Horizonte,
Altagracia, Colonia Centroamericana,
en un vehículo artillado
tal vez se hable,
como aquella vez en una sala de El Vedado,
de Las Segovias, del Pequeño Ejército Loco,
de pintura, o del tema amoroso, entre otras
contingencias,
o de ponerle a ese barrio
-¿El Dorado, San Cristóbal, Las Américas?-
el nombre de su operación:
José Benito Escobar,
obrero *antiduring* de Nicaragua.

El Vedado, 29 de junio de 1979

Lugares comunes

Estos son mis lugares comunes
la lámpara, la vida,
las calles de Caracas y las alcantarillas,
las estrellas que rutilan a lo lejos,
los pájaros intranquilos,
los edificios sin firma,
las casas familiares
donde habito en mis ratos de niño,
estos son
La Habana de estudiante, la vendimia,
y como socorrido lugar común
los poemas de amor, la melancolía,
el atardecer de la avenida,
el apartamento atravesado por
la vigilia y, en fin,
los poemas de amor,
la sombra de los guerrilleros de Zimbabwe,
las huelgas sin riberas del Támesis,
las duras cárceles de Montevideo,
la furia generosa de las milicias,
mis novelas, Pavel Korchaguin,
Tom Sawyer, Jim Hawkins,
tres camaradas
que con seudónimos de estudiantes de primaria
jugaban a las cuatro esquinas,
la amiga que no quiere ser el pálido estertor de
los peces tropicales,
la carne del pan con su mistral textura,
el suave cordón umbilical y las madrêporas,
la negra Noremí, la tierra

de todos los jardines,
la roja esperanza del hombre,
la aventura de la cueva y la reina
en la ronda infantil,
los poetas obreros,
los templos de piedras en la isla de Malta,
las codornices empolladas en el cosmos,
la tumba dorada de Felipe II de Macedonia,
el pecado que se quiebra
como el agua dulce en la
carretera de tu espalda,
la polución, la nostalgia,
las conferencias del desarme
cuando Ginebra no mitiga la sed,
las conversaciones del ahorcado en el café Bonaparte,
los medios masivos de comunicación,
el tigre de Tracy,
la atrapamosca y el jaguar,
la feroz enredadera del alma,
el Canal de Panamá a la caída de la tarde,
Netzahuacóyotl,
José Martí visitando la estatua de Bolívar,
las ruinas de la ciudad y la tragedia
del Rey Cristóbal,
el son, las canturías,
la común Eulalia llora, llora, llora.
Camaradas,
estos son los cadáveres amados, el
polvo enamorado, los cuerpos llenos
de mundo, la sangre numerosa,
todo contra una suerte vil,
la tumba que es una trinchera,
camaradas, esto es

el sitio obligado, el lugar
común,
la última palabra.

Matthew Arnold, muerto hace poco más de un siglo

¿La poesía es el habla más perfecta del hombre,
una crítica de la vida?
Y los bardos antiguos, centinelas del sacramento
guardianes del *habla más perfecta*
sobrevivientes de nuestra especie
contra el tiempo, la tradición
el credo y el dogma.
Como quería el Dante
¿nuestra paz es su voluntad?
Inclinados sobre la superficie de la poesía
lentamente juntamos sus vértebras.
A la zaga,
en la oscuridad el destello de Matthew Arnold
que interroga mis huesos.

El viajero invisible

¿Qué otro ciudadano puede ser,
qué otro patriota, puente, o animal?
Un otro
incapaz de compartir su silencio,
devorando la realidad como quien
multiplica sus angustias
y practica la amistad sin concesiones.
Existe el lobo solitario,
o el páramo invisible
o el largo segundo
de los desencuentros.
Existe la vergüenza del viajero
o el niño o el cáncer.
Trágica es la imagen
de la mujer final,
como el desamparo de la tierra
o la bestia sollozante.
Hay profesiones inventadas por la soledad
como el maratonista, el gladiador,
el *centerfield*, el mago,
el jugador de solitarios,
y todos bajo el acecho de la sociedad.
Pero ni aún así,
ni por solemnes, ni por suicidas,
ni por huérfanos,
ni por lucero absoluto.
Cuando su luz nos anuncia
buscando al último testigo.
Solo de eternidad me encuentro
a pesar de la música de mis órganos,

de mi mujer y mi hija,
sin documento, profesión o leyenda
que ampare mi escritura
y libre mi demonio.
Solo de eternidad
porque no ceso de pelear, y sueño.

Esa pálida edad del hombre

Pero a los cuarenta –esa pálida edad...

VIRGILIO PIÑERA

No es que sueñe ser un perdedor
ni siquiera tengo esa ambición
pero “mi corazón está enterrado en Rodilla Herida”.
Yo estoy junto a Caballo Loco y Gerónimo,
aposté por Héctor frente Aquiles,
sufrí junto a Cuauhtémoc y Caupolicán,
fui por Toro Firpo contra Dempsey
y aún ganador, corrí junto a Bikila descalzo.
Preferí a Lennon, y por unas horas no nacimos
juntos.

Mis amigos me preguntan por qué
en el beisbol Marianao y los Orientales,
pero también el beisbol viene predestinado
y disfruté las pocas victorias hasta el delirio.
No quiero decir que vivir, vivir y vivir
sea una profesión de fracasado,
pero vale la pena no hacer trampas
sobre el cadáver del hombrecito
y fiel al último pasajero del arca,
de rostro oscuro y tronco y piernas como yerba,
morir cruzando el río no para entristecer,
sino para socorrer a los demás, para recordar a
los demás
en un olvidado rincón del evangelio.

Gracias Señor, por el beisbol

¿Qué luz inventa la vida?
¿Qué mano de Dios se deposita en los signos
que están por llegar?
Una palabra amargada nos devuelve
la sustancia primitiva,
aquella a la que renunciamos sin atrevernos
a pedir, a pelear,
duros, únicos vencidos
al regreso de la batalla donde el niño
trata de salvar al hombre,
donde el dios de los ateos nos convoca
con su arrogancia de académico y verdugo,
de titán, de bárbaro iluminado por la lucha.
Y el signo de la lucha
como una lanza o un relámpago
atraviesa mis huesos
demonio particular en la podrida noche
de los fieles difuntos.

¿Qué cosa inventa el hombre
para ofrecer albergue
al fantasma del soy?
Como un recuerdo de navidad,
donde cada personaje
nos hace más solitarios, incrédulos e insomnes
sin poder reencontrarnos
extraños en nuestra infidelidad,
o pedir una sola prueba de que estoy vivo.
Tan increíble como esa foto de Rimbaud
sentado sobre el cadáver de un elefante,

cazador de sí mismo
sin importarle cien años de su muerte.
Así se empoza
con la antigüedad del poeta y el paquidermo,
la tristeza del huérfano
de nuestra propia alma,
la soledad del mar,
mínimo a la altura del bote,
a la mitad entre dos trasatlánticos.
El fantasma de Rimbaud recorre África,
cubierto de pieles y café,
con un proyecto de constitución comunista en
el bolsillo,
y su amor por Verlaine en la mirada.

Nueva tierra para los desesperados.
Querer ser sombra
sin haber sufrido
como el mancebo estremecido por la noche,
burló los celos de la madre,
la más doméstica de las alucinaciones,
la primera de su mitología.
El resplandor del armario,
voz infinita y pura,
ahogada costumbre
como un vaso de ron
en el fondo del día.

Convexa pesadumbre

*Mira la máquina del mundo,
cómo tiembla en su convexa pesadumbre*

VIRGILIO
EGLÓGA IV

Leído Virgilio, en su tercer milenio cristiano
el hombre, tu heredero en todas las regiones
fragmentado y acosado por todos los peligros
tiembla, como el mundo en su *convexa pesadumbre*.
Convexa pesadumbre en la maravilla del cráneo,
en los tejidos y auras, en las llamas y muros
interiores, en la fronda y en las riberas
de sus sueños y emanaciones
donde la luz se enturbia
mezcladas las palabras de los ciegos
con las amarras de la metrópoli.
Al borde de uno el viento nos dobla
azotando fantasmas que se pasean con la libertad
del hedor que nos hace iguales y distintos.
Flotando sobre el más universal de los cadáveres
donde los robustos órganos mutan
en cenizas y cenizas,
convexa pesadumbre de uno mismo.
Reclamo a la mujer propia que todo lo padece
o a la hija infinita en su quimera.
Reclamo al amigo de la infancia
precipitando en otro no barrio de otro no país
de otra no infancia de otro no.
Reclamo los que alguna vez me hicieron

y fueron felices con tan poco
y hoy se pierden, como miembros dispersos
demandados por heridas y huérfanos.
¡Qué mayor orfandad, que escaparse
la transparencia de los viejos amigos!
Ellos, que ni han olvidado ni han aprendido.

II

Ir seguro a la izquierda ¿o la derecha?
Con la fuerza de todo lo que desciende
esta sola vida que tanto reclamamos
de izquierda a derecha,
y nos va abandonando sin nuestro permiso,
sin permitir la maniobra del naufrago,
ni aún que el suicida cumpla su voluntad.
Como la comitiva que contemplamos
cada atardecer,
así, esta sola vida se oscurece.
Los árboles profundos, que en su robusta
inocencia son testigos
casa de cada bosque y bosque de cada tempestad
amontonados y en peligro de perderse,
solo paisaje, solo silencio de esta sola vida.
La muchedumbre no se salva
si la nave se pierde
rota por el mar y por su capitán.
La gran multitud es la primera
para la cual una es la vida
más allá de la conciencia y la divisa.
Bien por todos, mansos y pobres,
guerreros y paupérrimos,

la vida es una sola,
es un zumbido y una antorcha,
la ciudadela donde se quiebran
todas las preguntas,
porque no somos más que eso,
y ahí está el misterio de nuestra felicidad,
una sola vida para tantas preguntas.

La voz devuelta

La voz devuelta
que se quiebra en el eco,
pájaros imaginarios que cruzan la noche
con el silencio frágil de todo lo que parte.
A veces con la incertidumbre del regreso,
a veces con la interrogante del que aguarda,
pájaros imaginarios y fatales
que cruzan la luna y la luz de su sombra
da sentido y cuerpo a la palabra *Nadie*.

A través de la filigrana del texto

En algún lugar
los prodigios de la luz en la superficie de la esfera,
fin en sí misma.
¿La esfera es la forma geométrica más perfecta?
Qué vamos a dejar para nosotros
si el mundo no está completamente explorado.
Desde la época en la que los poetas como Casal
deslumbrados por las luces de la ciudad
de lo alto de las graderías contemplaban
la pálida y uniforme ausencia de color de sus piedras
donde surgen tonos calurosos, los tonos sepias
que usurpan sus florestas a la luz del verano.
Como la resina que se encuentra
en la piel del ciervo,
recreamos en el universo
la tensión de la superficie del agua en un ambiente
sin gravedad,
en ese diálogo entre el mundo misterioso del
espacio exterior
con su tierra originaria,
donde nuestra presencia se reproduce
del lado salvaje de la vejez.

Preludio

¿Es la muerte?

Puede confundirse el monólogo
con el balance de las apuestas perdidas
el fraude de los sueños

la hora de imposibles amistades.

Y esa conciencia taciturna

alimenta mi resistencia frente al horror
del ateo desnudo

que como el tiempo

duda.

Estoy largamente

para redescubrir que la gota,

el río, el mar,

son más antiguos que la casa,

el puente, el barco,

más antiguos que mi madre incluso

y tienen de la muerte al invierno o al ciego

pero no se destruyen.

¿Qué es el rey?

Un palpito de poder,

pero el amigo es la suma,

la voz es la suma,

la vertiginosa razón de mis vigili-
as

que cuenta cada mañana, y duda.

Desde el rincón de la ventana mía

La espléndida lluvia de la tarde,
la melancólica de la madrugada
la estremecida de la tormenta
o la del amanecer, con su lento fragor.
Y aquella mansa que atrae a los niños
cuando la hija del diablo se casa
y la más pequeña se está peinando.
La multiplicada de la selva,
que se derrumba en el río como una muralla.
Aquella que en fragmentos
se disloca sobre las azoteas,
asalta las ventanas
mueve la ropa y los pájaros
en nuestra leve primavera.
Está la lluvia que arde
como lucecitas en el nervio de las hojas.
La que golpea con calma
contra la yagruma y los tejados,
puede ser preludio de tragedia.
La que es buena para la lujuria,
el ocio, el ron
y como residuo del alma
llorar un poco mientras sonreímos.
La que bombardea los objetos
llámense paradero de trenes
o porcelana.
La inédita que desemboca
desde la otra acera
con ráfagas como de la mano de un jardinero.
La que viaja, finísima

y deja palpitando en la cosecha
la resina de los nuevos frutos.

La lluvia sirve también como una máscara
en cámara lenta,
con nuestros hijos y nuestros muertos
y los amigos repartidos por el mundo
cortados por el blanco cuchillo del agua.
Y desde las nubes azota al escarabajo cautivo,
a la ceiba centenaria, al niño
desamparado en el portal de la bodega,
tan lejos de su casa.
Y la lluvia completa de los cementerios
que como en una película silente
(la música es el piano del vecino)
descubre tu epitafio:
Según todos sus amigos, fue muy feliz.

Algunas consideraciones sobre el amor

Me desvelan, viajan por los sentidos
como un náufrago.

Los romances en fin, venéreos
puros de miedo
azules
tan cálidos en los primeros años.

Consideraciones sobre ese fulgor compartido
provincias recorridas por los enamorados
torturados en las habitaciones de los hoteles
macerados en el bosque
y una señora dignísima se descubre por el perfume
sexo
qué bien, suave libro abierto.

Romper cartas de amor
es una guerra mortal e irrepitable.

Madrigal

La muchacha que busco en cada árbol,
en cada piedra, en cada ruido,
en la penumbra de las cosas sencillas,
la perseguida entre los pasajeros del ómnibus
hoy por primera vez me saluda.

Detenida la blusa contra sus veinte años
Surge en la aventura de la calle,
permite que la abrace,
que doble mi cabeza al borde de la vida.

Un día, la llevo al parque
y se deposita en mi brazo
con el gesto tibio de la novia.

Colonial

Adorna suavemente la estructura colonial
la maravilla de la enredadera,
la buganvilia, la flor de papel.

Aparece el metal dibujado por la mano artesana,
El óvalo imperfecto y el pétalo gris.
Arriba, el techo de dos aguas fruto del albañil
creador de los detalles en la piedra.

Tejas de pizarra roja
donde los gorriones de la Plaza de Armas
vienen a disputarse el privilegio del día.
A la izquierda, la Calle de la Madera.
A la derecha, el edificio de hormigón.

El tiempo continúa, mas los enamorados se citan
como de antiguo
en esta calle Obispo de La Habana Vieja.

Se alarga en la sombra de la lámpara encendida

La costumbre y el sexo
a veces se confunden
como un suave y moroso placer.
Por eso celebro
todo lo que, de pecado y malas intenciones,
de prostíbulo, cuartos prestados,
camas alquiladas donde taladra la carcoma,
escondrijos de *mira quien viene*,
marea de olores de almizcle
y fluidos compartidos
tiene el dormir juntos y revueltos.
Mientras, al fondo,
la música urbana de la madrugada,
por momentos nos seduce,
ya sea cadenciosa
como un goce de cadencia árabe,
o estridente y tropical como una pelea de vecinos.
El sexo maduro,
la sabia parsimonia de las caderas
entre el baile del otrora joven seducido
y el drama recurrente del supuesto amante,
debe renunciar al buen juicio,
al estilo a veces teatral del coito,
y revelar la fogosidad de los protagonistas,
como una película avanzando contra el techo,
torpes y acompasadas figuras chinescas
estertor feliz cuando se alarga
en la sombra de la lámpara encendida.

San Fernando de Camarones

Una luz solitaria de animales domésticos

VICENTE GERBASI

Tu infancia pudo ser
una suave paz de animales domésticos.
Lecturas sobre lecturas
a la sombra de los árboles de un patio de provincia,
padeciendo radionovelas de amores desgraciados
en tu rincón favorito,
teniendo como banda sonora las aves del corral
y el ronroneo del viejo Motorola.
La adolescencia, todo lo perturbador
que puede haber en una serenata,
ritual de guitarras desafinadas y falsos galanes,
luciendo todos como apuestos enamorados.
La celebración de la Candelaria,
la complicidad de los paseos por el único parque,
soñando con el próximo baile.

Pero en verdad, la felicidad
de la niña que fuiste
era treparse a los árboles rompiéndose las manos,
el hartazgo de mangos para zambullirse en el
riachuelo,
zafarse de las batas y los lazos,
espiar,
haciendo una escalera los muchachos,
cuando las beatas vestían a la Virgen para la procesión

y los niños querían adivinar el sexo de la anémica
figura.

Jugar a estar perdidos en las trincheras
dejadas por los soldados
ante la irrupción desbordada de *los barbudos*.

Imaginación de la niña que un día
quebró el espejo solitario de la infancia,
sin renunciar,
no importa el cuerpo, ni los años,
ni la hija,
a aquella humilde luz doméstica
y a la elemental alegría
de un pueblo de provincia.

Dos

¡Oh tú, melancolía, la dulcísima!

JOHN FLETCHER

En el monte
la delicada armonía de los pájaros
en el milagro de sus gargantas
la batalla trémula del ciervo herido.

En la ciudad
la bárbara carpintería de ruidos y voces
la verdadera música, en fin
con la orquesta del tránsito y la vastedad humana
contra el muro del cielo.

Ha atardecido
y en el mínimo balcón donde te beso
(la conocí un año antes)
pide albergue el monte y la ciudad.

Residencias

Usar la poesía es criticarla, pero no traicionarla.
Arde en los pequeños horrores del pasado
en las pequeñas cóleras de hoy,
en las pequeñas alegrías de los días siguientes.

Morbidez errante,
con esa extraña caricia de la costumbre,
libélula en el cristal que
asoma en su reposo familiar.

La corteza convertida, macerada
en delicado papel y tintura,
cruzada por una estrella o un caballo
descendiendo entre las ramas
cálidas por el susurro,
leves como la manzanilla
entre el refugio breve y la creencia del deseo,
que es el borde de tu sueño.

Oración

I

Qué puedo hacer por ustedes
muchachas tristes.
Naves en un viaje de desengaño
que sobre olas pequeñas y añoranzas
pasan sobre mi hombro rebanando
el cuerpo con su angustia
sin perdonar mi conciencia y
el misterio de los sueños irrealizables.

II

*cuerpo mío final,
solo nostalgia eres*

CARDOZA Y ARAGÓN

Cuando venimos por el este
ya de noche
entre la línea y el fulgor del cielo
oyendo al septeto en la caja del carro
nos sorprende la ciudad prolongada
conocida y extraña, palmas que se ven
flotando contra las fábricas
y la voz culpable del sonero
se quiebra en mis órganos
sola, acelerando
en línea recta hacia mi casa.

Una cáscara de cebolla puede ser...

Una cáscara de cebolla puede ser
el atlas donde mi madre quiere descubrir mi paradero,
el destino que la hace llorar de un modo manso
por mi prolongada ausencia
mientras funda con sus provisiones
la sabiduría diaria de la cocina.
Esos recipientes, carnes y legumbres tienen de antaño
su código para los amores desdichados,
los hijos perdidos, los amigos muertos.
El cuenco de la cáscara,
la cifra y el fantasma
son detalles de la penumbra,
atributos de cada una de sus franjas de silencio.
El barro único se renueva
al explorar los impulsos hondos
que se adivinan en aquellos primeros hornos,
en aquellas primeros venablos,
en los pétalos de piedra convertidos
en herramientas de venganza.
Es la ruta del miedo
que descubrimos por los sentidos
al revelar el olor de la adrenalina del enamorado,
el tacto del ciego que teme a la soledad,
el paladar del enfermo que confunde los sabores.
La sequedad del alma que murmura
sus vicios y fracasos,
las pérdidas ásperas y los objetos queridos.
Queridos y tan raros como el marfil
de esa cáscara de cebolla,
delicada película con sus capas

que la mano de mi madre va separando
como la piedra filosofal en el espacio doméstico.

Inéditos y otros poemas

Cuando dobla un oro tenue la hoja de la tarde

*Es peligroso asomarse al interior, como cavilaron Buñuel y Dalí,
en esas contramarchas y periferias del alma
luminosas y ausentes como la corona boreal.*

ÁNGEL GAZTELU

Solo nos asomamos a una mínima parte
de nuestra substancia interior,
pero basta ese breve atisbo,
íntimo y ligero
como la presencia de un pájaro.
El sonido de su nombre se escucha multiplicado,
suave y húmedo se desliza
en oraciones disonantes,
en letanías que se encadenan
en el cotidiano lidiar de la ciudad,
el ómnibus lejano con su ruido
como de bestia en celo.
Es un santuario fabricado con tus deseos,
leves e inciertos, traicioneros, como son los recuerdos.
Esta noche te sientes sencillamente triste,
con esa tristeza particular te confías
sobre la cama que compartimos
pero que tu respiración puede convertir en
jardín o páramo
donde tu tristeza me reconcilia en parte de ti.
La verdad se reconoce en su naturaleza,
más allá del detritus y las infidelidades,
cuando dobla un oro tenue la hoja de la tarde.

El concepto de la vida

Para María y Félix Masud, hermanos.

...horas de tigre, de zorra, y de cerdo

JOSÉ MARTÍ

Cómo diferenciar el resplandor pasajero
de la luz perdurable,
los frutos maduros de la naturaleza muerta,
de aquellos que se pudren en el campo.
Y el cuerpo atravesado de alambres
los ojos vacíos,
las piernas rotas
que puede ser una víctima o un espantapájaros,
como el joven *gay* linchado en un descampado
del Wyoming rural, que se confunde en el vapor del amanecer
mientras que yo, en el distante Illinois
en la calle Paulina Norte
de la lejana ciudad de Chicago
desayunaba cándidamente con mis amigos.
¿Qué sentido pueden tener en esas circunstancias exactas
la charla trivial, la hogaza deliciosa,
la lectura de ficciones maravillosas y sublimes?
¿Podemos amar o incluso jugar y especular
con los guarismos y con las estrofas al mismo tiempo
que la familia y los amigos desconocen su paradero?
Desde las entrañas del concepto de la vida
que repercute, supuestamente, en las distintas formas
de la matemática y la poesía,
de lo infinito del ser humano

hay escalofríos y golpes vallejanos
para el espíritu y la razón,
razonamiento severo y agónico para nosotros,
los románticos de siempre.
Misterios regresan como preguntas.
Necias y casi incompatibles con la sustancia humana,
cifras de la sinrazón y el alma
son las *horas de tigre, de zorra, y de cerdo.*

Quimbombó a la habanera

Para Gisela

Evoca la arborescencia y la familia,
y su voz las cálidas paredes de la música.
Forma piramidal, filamento
de una “aristocrática lencería”,
en su caldo, surcos, en el corte tierno
es el sexo que se fracciona para agregarle
otras carnes, ajos, cebolla, pimienta,
aceite y orégano fresco.
Como un plato profundo de nuestro Monte,
todo a fuego lento.
Sueño de Dahomey en el señor Bacardí,
altas paredes de la siesta y la lujuria.

Trazados escolares

*El vicio de mirar inventaba,
y los inventos era sacar tigres del árbol.*

RAMÓN PALOMARES

De niño, *el vicio de mirar inventaba*
en las paredes de la casa de huésped,
en el asfalto bajo el balcón del hotel,
en las columnas del portal de la escuela,
y de lo inventado se trazaban
novias ejemplares,
jugadores de beisbol del equipo soñado,
bicicletas Niágaras, soldaditos del *Ten-cent*,
campeonatos al *quimbi-cuarta*,
Leonardo Moncada, *Bejuco* Ramírez,
y los tigres de Salgari o de Mariano.
Éramos curiosos
sobre la existencia de los reyes magos
o en explorar el temblor de nuestro cuerpo,
pero aún desconocíamos
la escala de la mierda y el espíritu,
y las variantes sexuales de la mosca de la fruta.

Aturdido del alma y de la lira

Paráfrasis de Manuel Corona (Santa Cecilia)

Haber nacido ambos en puntos diferentes,
con el mar de por medio, y la audacia y cautela
de destinos inciertos,
sin tener la conciencia que la parroquia, la Isla,
el pueblo, el tiempo, sobre todo el tiempo
se irían desprendiendo en un barrio habanero.
Enmiendas y borriones que el destino transforma
en el instante siguiente,
refugio y desamparo de lo que llaman suerte.
La fragilidad de las cosas, familiar, religiosa,
el sexo egoísta, pagano, fugaz
que suele tener hambres terribles.
La propiedad del alma y el carácter
es lo que nos queda de astucia y arrojo,
amarga y mínima, magnífica postura del que ama,
aunque no encuentre las palabras necesarias
porque la pasión que nos acompaña
también tiene sus cinismos y sus escrúpulos,
su detritus y su amor desdichado,
y puede ser clara o desolada
como la lira, el alma y el recuerdo
del trovador enfermo,
la misma mano que fue.
Todo ardor y sentimiento en esas líneas,
elementales historias de amor y compasión,
la misma mano que empina la botella,
y a golpe de pésimo ron,
lentamente, se suicida,

con una mueca feliz
en medio del olvido y la pobreza.
Cuando van pasando los placeres y las preguntas,
aturdidos como inciertas criaturas,
queda el tiempo, el alma y la canción
de aquel bohemio de Caibarién que nos dejó
los primeros acordes
que compartimos, ciegos de vernos
y ser nuestra casa y nuestro bosque,
cruzando el mar desde la parroquia,
el pueblo, la Isla.

Estas manos de mi propio cuerpo y mi propio pensamiento...

Estas manos de mi propio cuerpo y mi propio pensamiento
inútiles para todos los oficios, ya sea el de
componer una lámpara o sembrar un árbol,
de escaldar alimentos o empinar cometas,
de lubricar motores o tensar chinchorros,
de ganar a las bolas haciendo malabares al “quimbicuarta”.
Torpes para la caricia oportuna que quiere ser halago y
se convierte en roce procaz del animal que siempre me

[acompaña.

Estas manos torpes incluso en la gramática,
inútiles ya desde los compromisos escolares,
deberes como el rasgado, la libreta de caligrafía, las artes
[manuales,
en el empapelar los cuadernos o en el pugilato del recreo.
A veces me avergüenzan mis manos,
toscas para el violín o la clave, y de tan torpes
hasta desentonan acompasadamente con los pies y la cintura
[para el baile.

Estas manos sin talento para la herrería, el clavicordio
o la quimbumbia,
nada tienen que ver con levantar paredes o emplearse en la
[cocina,

trozar el pan, dibujar una línea,
anudar la corbata, doblar un pañuelo o cortar una rosa.
Pero también tengo manos que son palabras,
que tiemblan y padecen como pequeñas criaturas
en su rústica y silenciosa danza,
manos feas más pero útiles y necesarias,
que elogian e insultan cuando

garabatean oraciones en el aire, trazan parábolas,
no me dejan mentir, son profundamente solidarias en sus
[usos y tropiezos,
y tienen la rara cualidad de no dejar de soñar, de
[apesadillar,
corriendo siempre el riesgo de ser feliz o equivocarse.
Manos mías, nuestras, imprescindibles que aprecian la
[diferencia
entre la izquierda y la derecha y practican las acciones
sin temor a involucrarse cuando la siniestra marca
el gesto natural de su colega,
yo... diestro que piensa con la zurda.
Manos que escriben de tarde en tarde y reescriben
con la caligrafía rápida de ciertos deslices
más allá de la familia de letras preferida
con su culpa de verdad en el tropiezo de la lectura.
Diálogo de mis manos, alegoría del mundo doméstico y de
[la calle,
qué mejor para expresarme
con mis seres queridos, tacto del semejante
en mis razones y rusticidad auténtica
con todos los que me son imprescindibles
en este dilema que es la vida,
llámense objeto, idea, país, persona, animal o aura.

Esta es la calle de Mariano Brull

Esta es la calle de Mariano Brull, como la de tantos vecinos ilustres o desconocidos, viandantes anónimos de la calle 25.

En manuscritos inmortales en pergamino amate,
paños de algodón, tablillas de arcilla, venas de mármol
membrana de venado, lienzos delicados,
papel macerado, arcos de lapislázuli,
láminas de materia quebradiza
rumor sordo de todo lo más frágil
resguardado de la luz, el aire, el fuego, puro tributo a la tierra.
lonesco solo entre rinocerontes...

La opinión pública, la epidemia...

Y el contagio como una nueva religión

una supuesta doctrina que dictamina al decir del absurdo

[rumano:

“La defensa del alma, única e irremplazable”.

Padecemos la vida como una experiencia
cercana a la muerte.

Láminas de vidrio, cintas de hierro y ventanas,
bolas de marfil donde titila un espectro,
volúmenes laboriosos debidos a oficios en extinción
como el ebanista y el masillero.

Luz congelada por el polvo, cuadrángulos luminosos,
senderos que cruzan las habitaciones y los muebles
y rematan en cuadrantes de una extraña geometría,
cuadrantes como el del seno de mi mujer.

Amar las puertas que se cierran, las paredes encaladas,
las habitaciones cálidas, el lecho amoroso,
los muros que retaban al torpe acróbata, el pasamanos

[salvador,

los patios pendencieros de la primera infancia.

La rebeldía de masas y volúmenes
que se imponen en los espacios insospechados...
La piedra o argamasa con que fueron fabricados.
Edificaciones y piezas capitales construidas sobre sus
[desastres,
El color natural de los materiales, ámbar o terracota,
con sus nervios donde se descubre la mano del albañil.
Piezas originales que ha recreado el yesero como si le fuera
[la vida,
con la imperfección de la arquitectura de cada época.
Ya sea la sencilla y luminosa rural, o la ambigua y
[arbitraria citadina,
gracia tocante, acogedora u hostil
en cada espacio que el hombre reservó para sí.
Puertas labradas, palios, cenefas y
remates como volutas, puntas de otro albañil.
El filo de la hoja de un hacha de cristal,
signo de un adorno y una fragilidad
que nos hace semejantes y distintos.
Y al final, después de todo,
¿tiene una pasajera importancia que en esta calle
viviera alguna vez Mariano Brull?

Cálamo

Raúl Hernández Novás vallejianamente
trazaba la desconsolada palabra ensombre
¿El sueño será más largo que la vida?
El drama de la mortalidad de las abejas,
la desaparición de las colmenas,
una abeja posada sobre el cultivo
donde el polen ejecuta la alquimia más perfecta de la
[naturaleza.

La mentira, ¡ah... la mentira!
Más allá de la teoría, la formación y evolución de galaxias,
tenemos los mapas y las catástrofes del cielo
como la imagen de una muerte violenta,
violenta, pútrida, perturbadora,
el olor de la descomposición humana,
muerte en fin
cuando las abejas confunden
el cálamo estéril con la rumbosa flor.

? UQ^ XZUS

La “línea de plata” que hay entre la oscuridad
y mi cuerpo,
el ojo que todo explora y nada ve y el otro quebradizo
donde se deposita la penumbra ligera de mis sentidos
en dócil y honda revelación de Montaigne,
“yo soy la materia de mi propia poesía”.
El sonido de las tapias
trastocado en el sonido misterioso de la poesía.
Reflejo de la sal en las paredes, murmullo de
la mineral carcoma del salitre.
El momento más delicado de mi vida acontece cuando...
[de noche... duermo
Vienen a visitarme entonces fantasmas depredadores,
incertidumbres y sinrazones
enroscados como caprichosos ofidios de la conciencia.
Desfila la angustia del tiempo transcurrido
con su carga de pobre arrepentimiento
por sucesos ahora estériles.
Pero seguro todavía está pendiente un instante más
[comprometido
en el pasado que nos espera.
Entre el murmullo y la desmesura mi alma se solapa en la
[tristeza...
triste yo, como un castigo eterno y sin contemplaciones,
recogimiento de la incertidumbre del sueño
más grave que cualquier razón y pesadilla.
Libélulas de la memoria convertidas en tábanos fieros.

La conciencia de las pérdidas

La conciencia de las pérdidas
en esas contramarchas y periferias del alma
que imaginamos liturgia de la conciencia
que avanza por las paredes como la niebla
donde se cruzan representaciones
luminosas y ausentes como la corona boreal.
Nada más parecido a esa otra profundidad del espíritu
que cuando Stephen Hawking aborda los universos paralelos.
Descifrar imágenes como ocurre con los ideogramas chinos
donde escrutamos la amenaza que genera
la futura desaparición de las especies de corales.
Gases contaminantes en el Amazonas,
árboles enfermos por el carbono que son desvanecidos
por tormentas en el medio del bosque
y no pueden ser localizados por los satélites.
¿Entonces solo nos queda el viento
como el blanco más puro?

Pentimento

Me acompañan los lentos sentimientos
de cuando tenemos la edad de los peloteros
que vimos jugar.

Así busqué en Harlem la sombra del Polo Grounds,
y donde hubo un muro de sonidos,
como en la música de Phil Spector,
nacido igual en el Bronx denso y apabullante,
solo queda una mínima tapia como memoria
en la profunda dimensión de lo que fuera su jardín central.
Phil, al que Los Beatles reclamaron para grabar “Let it Be”
también será recordado por el asesinato de Lana
cuando según su testimonio ella quiso “besar una pistola”.
Alguien percibió una música extraña detrás de la luna,
pero solo queda el sonido del tiempo.

El dibujo más antiguo

Un sencillo trazo en forma de zig-zag
hecho hace cientos de miles de años, en el principio del
principio
es reconocido por los arqueólogos como el primer dibujo,
la primera señal, el primer hallazgo, la primera estría
que en forma geométrica adivina la conciencia
de aquella mano anónima.
El grabado ha sido hallado en una concha de molusco
junto al cráneo y al fémur
del que un día fue un artista, un incomprendido,
el primero
en erguirse y adentrarse en las junglas de Java en busca
de la horda que celebraría
de lo que era capaz,
o lo repudiaría
y sería expulsado de la tribu.

La tarde queda al sur, estamos solos...

*Si a tu ventana llega /un gallo tuerto /trátalo con cariño
/que ese es Norberto.*

(Reescritura de Habanera)

Cada soñolienta tarde de domingo,
de esos largos domingos vacíos,
que hace tantos años comparto contigo.
Cada pausa en que nos queremos
anhelantes e inseguros como la primera vez,
o peleamos como si fuera la última
sin tregua para perdonarnos.
Así en esta tarde de sopor inclemente,
ha vuelto a detenerse el tiempo
sobre nuestras soledades.
Justo cuando la ciudad se disuelve en la memoria,
sobre la alta techumbre de los edificios y los campanarios,
ha vuelto el recuerdo persistente de aquella noche
íntima y vastísima en que nos conocimos,
noche que crece en sus cavilaciones y comienza
a henchir los veneros del alma
que dudan con su nocturna servidumbre
de nostalgia,
cada soñolienta tarde de domingo.
Cada habitación que nos vio envejecer y renovarnos,
cada amigo, cada existencia querida que perdimos,
cada Elsa y cada Pedro, cada barrio,
cada hija errante y presente, eterna aura,
(*Cuando salió de La Habana, válgame Dios...*),
cada bebida que vimos correr,

sintiendo que la felicidad es este intervalo,
este fugaz roce mientras actuamos con el favor de la soledad,
como la voz herida, la voz de gente
que reclama *no puedo ser feliz, no te puedo olvidar...*
en nuestros largos domingos vacíos.
Cada palabra pronunciada, cada dolencia compartida,
cada error celebrado,
cada indiferencia superada, cada alegría que olvidamos,
cada *mesimposiblevivirsinti*.
En fin, cada soñolienta tarde de domingo..

Tenemos la edad de los peloteros que hemos visto jugar...

Para Reynerio Tamayo, por la amistad del beisbol

Tenemos la edad de los peloteros que hemos visto jugar
y por ello evocamos algo más que una biografía, un perfil
sudoroso,
recordamos algo más que el número familiar en el dorsal.
Este es el cuarto bate, y no es el cuarto bate.
Ingenuamente es algo más que se asemeja a la infancia,
la nación, los amigos y jugadores desaparecidos
pero que *estén donde estén* se preservan en la memoria.
Reconocemos esa isla-arca y ese Noé,
que puede ser el seudónimo bíblico de
El caballero Oms, Cristóbal Torriente, El gigante del Escambray
o El tambor mayor...
ellos que nacieron para ser cuartos bates
bajo el aura de la Virgencita de El Cobre
y sin proponérselo tuvieron, tienen, tendrán,
en sus hombros un país completo,
una pobre isla que pretende ser un continente.
Y en ese intervalo decisivo en que te desafían los ojos del
lanzador,
la esférica blanca y relampagueante,
ese palo que sacudes como espada a la gloria
o al cadalso, pues te juegas la vida,
más allá del rugido del graderío,
de las luces cegadoras del espectáculo,
la voz del árbitro, más allá del cajón de bateo,
el diamante, el terreno...
convertido en un estadio, un potrero, una calle,

más allá de esa isla que se confunde con un arca
-*atestada hasta el naufragio*-,
en la soledad de la muchedumbre,
este es el cuarto bate, y no es el cuarto bate
porque al final de manera invisible
solo sobrevives tú en una frontera,
en esa edad misericordiosa
donde apenas percibimos sombras y murmullos.

Salmo y demonio

*Bajan, bajan, bajan a la oscuridad del sepulcro
/suavemente entran, los bellos, los tiernos, los buenos;
/silenciosamente entran, los inteligentes, los ingeniosos, los
valientes.
/Lo sé. Pero yo no lo apruebo. Y no me resigno*

EDNA ST. VINCENT MILLAY

Edna St. Vincent, poeta norteamericana, murió justo un año antes de que yo naciera y dejó para mí unos versos sobre las pérdidas entrañables, dolorosas, a las que todos estamos condenados. Con ella repasamos lo más cercano que somos de ser [inmortales en nuestra profunda condición terrenal, tan percedera como una gota de mercurio y menos que un guijarro, dócil figura sometida al mar. Es el fragmento de un crepúsculo lo que somos pero más allá de la sabiduría de la oscuridad y la tierra que reclama nuestros jugos y sueños perduramos en la presencia de los seres queridos y la memoria que sobrevive, permanece en el recuerdo de un encuentro fugaz voz amorosa, nombre y evocación rebelde que no se resigna a la mortaja y al epitafio. En “Salmo sin música” ella no se resigna, y con ella, nosotros. La extraña victoria de tenerte y perderte en un instante. Un demonio íntimo y silencioso que desaparecerá solo cuando se borre en la memoria de los seres queridos.

En el año del conejo

1951 es el fin de la primera mitad del siglo
y octubre su antepenúltimo mes.
En Caracas, supe que a esa hora el lucero del alba se está
[hundiendo,
y reparte una luminosa intensidad sobre los cerros.
Es lo que muchos años antes Lorca describió:
La noche se puso íntima / como una pequeña plaza.
En el calendario chino
donde orienta el ciclo binario el Yin y el Yang,
se descubre que esta plaza íntima
es un espejo que manifiesta en silencio
los elementos de las almas.
Su anillo de luz alumbra la deriva de las palabras.
Los convocados por Buda a la cita
saben del animal que se oculta en su corazón.

II

La muerte gatoparda era un drama para los demás.
No existía en mi inocente territorio
la amenaza con la desaparición de los seres queridos
ni de las especies de corales.
Mi madre sin sombra de incertidumbres era inmortal.
Pero en el subsuelo de todos los silencios suelen dilatarse
tempestades
a punto de asolar el paisaje.
Mi madre murió el mismo año que Rosa Parks
mi madre que había nacido en otro año del conejo
junto a Ingrid Bergman.

Rosa, la negra de Alabama, e Ingrid, la blonda sueca
eran el fin y el principio de Elsa.
En el centenario de la señora Parks
se emitió en Estados Unidos un timbre postal
con la imagen de la noble y rebelde Rosa Parks,
y el reclamo “Rosa Parks Forever”.
Rosa, como mi madre, no nació predestinada para la fama,
no sedujo a las cámaras,
pero su audacia multiplicó su imagen.
El próximo año la señora Bergman y la señora Codina
cumplirán sus primeros cien años.

El Vedado, una estación cualquiera del 2014

Índice

Sobre este libro	11
Una cáscara de cebolla puede ser	13
Alberto Rodríguez Tosca	
Mi madre nació junto a Ingrid Bergman	19
El reloj como estrella	20
De una primera aventura	21
Era aquel viaje de amor	22
Treinta años	23
Como la sombra de un niño	24
Dibujo de la vida	26
En el primer día	27
Los ruidos humanos	28
Nocturno II	29
Un poema de amor, según datos demográficos	30
Frente al otoño	32
Elogio y dogma	34
Personal	35
Tiempo libre	37
Noche de El Vedado	39
El leve viaje de la sangre	40
Huachitorito	42
Páginas para una biografía	43
Era el hombre realmente	44
A este tiempo llamarán antiguo*	45
Lenin	47
Lenin por las calles de Estocolmo	48
Razón de historia	50

Conversación con José Benito Escobar	52
Lugares comunes	54
Matthew Arnold, muerto hace poco más de un siglo	57
El viajero invisible	58
Esa pálida edad del hombre	60
Gracias Señor, por el beisbol	61
Convexa pesadumbre	63
La voz devuelta	66
A través de la filigrana del texto	67
Preludio	68
Desde el rincón de la ventana mía	69
Algunas consideraciones sobre el amor	71
Madrigal	72
Colonial	73
Se alarga en la sombra de la lámpara encendida	74
San Fernando de Camarones	75
Dos	77
Residencias	78
Oración	79
Una cáscara de cebolla puede ser...	80
Inéditos y otros poemas	83
Cuando dobla un oro tenue la hoja de la tarde	84
El concepto de la vida	85
Quimbombó a la habanera	87
Trazados escolares	88
Aturdido del alma y de la lira	89
Estas manos de mi propio cuerpo y mi propio pensamiento...	91
Esta es la calle de Mariano Brull	93

Cálamo	95
<i>Silver lining</i>	96
La conciencia de las pérdidas	97
Pentimento	98
El dibujo más antiguo	99
La tarde queda al sur, estamos solos..	100
Tenemos la edad de los peloteros que hemos visto jugar..	102
Salmo y demonio	104
En el año del conejo	105

Lugares comunes y otros poemas

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas - República Bolivariana de Venezuela,



Humildemente, como cabe a quien ha sopesado la naturaleza de los misterios del hacer poético y descubre los sortilegios de la diaphanía, nuestro amigo Norberto Codina nombra esta antología con el título de uno de los poemas que la integran: *Lugares comunes*. Lo hace acaso para dejar un halo de precavida fronta en la gente grave y seria, o simplemente para que el lector encuentre en ella una aventura espiritual de apacible complicidad transferible. Transferible en el sentido de ser una presencia que es a la vez otras presencias, puesto que se emprende para y por los otros en la común razón del convivir. Y esta aventura se transforma en nostálgicas epifanías: postales interiores que se comparten en el idioma de las revelaciones. Se entrecruzan en la propia existencia del poeta como en su obra desde que tras las vivencias de la primera infancia en su natal Caracas, las de los años posteriores en su otra patria, Cuba, le deparaban los primeros júbilos de la triunfante revolución que tomaban La Habana y se iniciaba un nuevo estado de espíritu en la tierra de Martí.

El discurrir sereno, reflexivo o jubiloso de esta selección que celebra los setenta años del poeta es, también por eso y de algún modo, un rescate de la fugacidad del tiempo que nos conforma y nos devora, junto a la evocación de inmortales ausentes o de tempranas nostalgias del aquí y ahora, de reminiscencias de penines travesías del autor por todo el mundo en poéticas peripecias, o del amor filial (que en sendos poemas abre y cierra el libro) o la alusión erótica, los disensos fastos de la amistad o los laberintos que desprendidos de los sueños pueblan el otro costado del vivir.

Tiene pues, el lector, ante sus ojos, más que un conjunto de poemas, el pequeño universo cómplice y cotidiano de un poeta persuadido de que ante toda lóbreguez siempre amanecerá la pregunta universal que en su entraña —y parafraseamos aquí versos alegóricos de uno de sus poemas— acoge la sombra de un niño que se alarga tanteando, como quien roza apenas las paredes y el aire de una casa fantasmal.

GUSTAVO PEREIRA

NORBERTO CODINA

(Caracas, Venezuela, 1951). Poeta y editor cubano-venezolano. Ha sido obrero litógrafo, promotor cultural, especialista literario, dirige la revista de arte y literatura *La Gaceta de Cuba*. Entre sus libros más recientes están los poemarios *El leve viaje de la sangre* (2014); *En el año del conejo* (2015); *Lugares comunes. Antología mínima* (2017); los de prosa varia *El fragmento como mirada* (2014) y *Luces de situación* (2018); así como las selecciones de textos aparecidos en *La Gaceta de Cuba: Para verte mejor 2* (2015) y *Para otra lectura de Ballagas* (2020). En el año 2002 recibió por su obra de vida el Premio Nacional de Periodismo Cultural José Antonio Fernández de Castro; igualmente la Orden Batalla de Caracobo en su tercera clase, y el Botón de Honor de la ciudad de Mérida.

